DESAHOGOS DEL CORAZON.










DESAHOGOS DEL CORAZON.

A LA MEMORIA

DE MI

DIFUNTA ESPOSA.

Cárlos Bonilla.



San Salvador:

IMPRENTA NACIONAL — CALLE DEL CABILDO.

1875.




AL LECTOR.

CUANDO el alma viste luto, y rebosa amargura el corazon; cuando airada la muerte, súbito arrebata de nuestro seno la adorada esposa, dejando en la orfandad á nuestros hijos ¿quién entonces no se siente inspirado, y cantando llora el horror de su desgracia? Un papel y una pluma, hé aquí lo que primero buscamos para estampar en él, con lágrimas por tinta, ese triste monólogo del alma, que en su dolor embargada, se abstrae del mundo para espaciarse en su pena, y replegarse luego sobre sí, para saborear mejor la amarga hiel que el corazon empapa.

¡Ah! felices vosotros, esposos, que aun conservais á vuestros lado la amante esposa que el cielo os deparara. ¡Felices vosotros, padres de familia, que no habeis sentido el acerbo dolor de ver correr la infancia de vuestros hijos privada de los cuidados y caricias maternales! Vosotros, que no habeis sufrido; vosotros, que no habeis apurado, como yo, la copa del dolor hasta las heces, gozad de las dulzuras del hogar, que vuestra esposa encanta y embellece, y dejadme á mí, que en el sombrío desierto de mi vida, y al borde de la tumba de mi esposa, entone mi destemplada lira, y en mal coordinadas estrofas lance á los aires mi dolorido canto.

Dejadme llorar, vosotros, caros amigos, que me habeis acompañado en mi duelo, y que con el acento de la mas sincera amistad habeis querido paliar mi dolor y enjugar mis lágrimas:

Dejad que cante
Aquí á mi esposa
Sobre su losa
Triste cancion:
Dejad que llore
Sobre su tumba,
Y aunque sucumba
A mi pasion!

¿Quién al verter una lágrima sobre el sepulcro de su esposa, para regar con ella el verde musgo que tapiza sus paredes, y las tristes plantas que vegetan en su rededor, no ha sentido en el fondo de su alma esa tétrica inspiracion al contemplar la nada de la vida, la inmensidad de lo infinito, y el lóbrego y profundo abismo del futuro, cuyo velo solo empieza á descorrer la mano de la muerte en el dintel de la tumba?

Y vosotros, literatos eruditos, si os dignais fijar vuestros ojos en estos *desahogos de mi corazon;* si encontrais un esdrújulo mal sonante, si falta alguna cesura, si encontrais una sílaba mas ó menos en el metro, recordad que mis estrofas no son parto de mi cerebro, sino emanaciones de un corazon acibarado; y mejor que yo sabeis que lo que el arte no permite á la epopeya, lo concede generoso á la elegía.

No me hubiera decidido á publicar estas pobres é incorrectas producciones, que algunas de ellas lo han sido ya en la *Universidad Nacional*, periódico científico y literario, á no haber tenido por móvil las instancias de la amistad. Mis mejores amigos se empeñaron en que no quedasen inéditos mis primeros ensayos elegiacos, y tuve que ceder, con el temor, sí, del que por primera vez se lanza al terreno de la publicidad, para entregarse inerme á los dardos de la crítica. Una vez empeñado en esa vía de reflejar mi pesar en el papel, no he podido ya detener á mi enlutada pluma, que lo surca, lo emborrona y lo estropea en el silencio de la noche, y en triste y dura velada forja estancias y mas estancias, y torna, vuelve y versifica á inspiracion del dolor. ¡Triste placer, por cierto, es desgarrarnos el corazon fibra por fibra evocando recuerdos dolorosos, recuerdos que nos agostan y aniquilan, recuerdos, en fin, de un bien perdido de que ya nunca mas gozaremos!—Pero, tal es el hombre; goza en su dolor, goza en su martirio! Dejadme, pues, lectores, gozar á mi albedrío;

Que las cuerdas de la lira
¡Ay! nunca vibran mejor,
Que cuando el alma suspira
Y las entona el dolor!



A LA QUE FUE MI ESPOSA.



¿Porqué, mi Dios, tan presto separasteis
De mi lado mi bien y mi consuelo?
¡Porqué me disteis una amante esposa,
Porqué á mis hijos una tierna madre?
Si destruirse debia en un momento
Nuestra union conyugal en sus albores,
¿Porqué, Señor, quisisteis que en el ara
La fe de esposa, por su mal, me diera?
Escudriñar, Dios mio, no pretendo
Vuestros sabios, altisimos arcanos.
¡Será tal vez que cuando vine al mundo
Cual sombra traje mi funesto síno!
Allí dentro ese túmulo modesto,
De la cruz del cristiano acompañada,
En el silencio del sepulcro yace
La que otro tiempo mi delicia fuera.
Allí la madre de mis tiernos hijos
Tranquila duerme en el mortuorio lecho:
¡Descansa en paz! esposa idolatrada,
Mientras yo vierto mi copioso llanto!

Sí....¡descansa en paz!....deja que llore
Acá en la tierra tu temprana muerte;
De nuestros hijos la orfandad acerba,
Del corazon la soledad que siento.
Deja á tu esposo y á tus hijos caros
Vestir el luto de su adversa suerte,
Y que el raudal de mi constante lloro
Calme mi pena y mi dolor inmenso.
Mas ¿qué es la vida en la mansion mundana?
Una perenne asoladora lucha;
El sufrimiento en sus variadas faces,
La decepcion en sus variadas formas;
Y si la muerte, que horroriza tanto,
Es de estos males el remedio solo,
¡Felice tú, que de esta vida infausta
A otra pasaste de ventura eterna!



EN LA TUMBA DE MI ESPOSA.

I.

¡Oh! cara esposa, cuya sombra invoco
Cada dia, cada hora, á cada instante;
Deja que llore el corazon amante,
Y sus lágrimas calmen mi dolor:
Deja que apure el cáliz de amargura,
Deja que sufra mi mortal angustia;
Que ya marchita y para siempre mustia
Quedó del mirto la fragante flor.

II.

Tan sólo de *inmortal*, seca corola,
Del sauce y del cipres las tristes hojas
Me quedan, en lugar de flores rojas,
Para adornar tu losa sepulcral.
Una arboleda plantaré con ellos,
Melancólica al par que funeraria,
Que circunde la fosa cineraria
Que encierra tu despojo terrenal.

III.

De esas hojas y flor amarillenta
Tus hijas cogerán entre sus faldas,
Para teger crucíferas guirnaldas,
Emblemas tristes de letal pasion.
Con ellas orlarán la fría tumba
De la que fuera su amorosa madre;
De la que llora su afligido padre
Pidiendo á Dios le dé resignacion.

IV.

¡Oh! si pudiera mi amoroso aliento
A tu yerto cadáver dar la vida!
¡Oh! si pudiera mi profunda herida
Curar oyendo tu armoniosa voz!
Mas ya el hado fatal ha decidido
Que por siempre te pierda, esposa mía,
¡Yo arrostraré mi desventura impía,
La horrenda saña de la muerte atroz!

V.

Mientras tanto, aquí coloco
En tu lápida mortuoria,
En ofrenda á tu memoria,
De siempreviva y cipres,
Una fúnebre corona;
Que regada con mi llanto
Simboliza mi quebranto,
Mi soledad.....mi viudez.......!

VI.

Acéptala, casta esposa,
Como aceptaste en el ara
Aquella prenda tan cara,
Aquel anillo nupcial,
Que desprendí de tu mano
Cuando exánime é inerte
En los brazos de la muerte
Te contemplé por mi mal.

VII.

¡Adios, cara Isabel!......ya me retiro
De este lugar de luto y desconsuelo:
Aquí te dejo humedecido el suelo
Con la lágrima acerba del sufrir:
Aquí te dejo la mitad del alma,
Aquí te queda el corazon de esposo,
Que ya es el mundo para mí luctuoso,
Y ya me siento de pesar morir.

VIII.

Pero confiaste al paternal cariño
Al despedirte de esta vida ingrata,
Los tiernos frutos que nos diera grata
Aquella union que bendijera Dios.
Para ellos, y por ellos vivir quiero
En esta tierra de amargura llena;
Ellos tan sólo calmarán mi pena
Hasta encontrarnos otra vez los dos.



AL PANTEON. (*)

I.

¡Oh lúgubre Panteon! último asilo
Donde se alberga la miseria humana,
Donde al tétrico són de la campana
Viene el mortal á descansar al fin!
Mansion de horror, de miedo y de tristura
Para el vulgo, que necio se te aleja;
Quien medita, al contrario, ve en tu reja
De este valle de angustias el confin.

II.

Es tu recinto lóbrego y sombrío
El silencioso y místico santuario
Donde al canto del buho solitario
La muerte nos convida á la oracion.
Y cuando al cielo férvida plegaria
Eleva el alma de dolor transida,
Los mundanos placeres de la vida
Solo inspiran desden y compasion.

III.

En tus entrañas gélidas, inertes
Sepultas para siempre los despojos
De la prole de Adan, que abre los ojos
Buscando un paraíso terrenal.
¡Triste ilusion del hombre, que engañado
Encontrar quiere con afan la dicha
En el mundo, do sólo la desdicha
Descuella en anchuroso pedestal!

(*) En nuestro pais, la palabra "Panteon," el uso la ha hecho sinónima de "Cementerio."

IV.

Por eso, sin temor y sin violencia
Me acerco pesaroso á tus umbrales,
A hacerte confidente de mis males,
Y en tu seno mis lágrimas verter.
Porque guardas, Panteon, aquí una tumba
Que en altar el amor ha convertido;
De aquella que conmigo ha compartido
De mi vida las penas y el placer.

V.

Guarda te ruego ¡oh Campo sacrosanto
Esas reliquias que mi pecho adora:
Que la mano del Tiempo destructora
No toque las cenizas de Isabel!
Guárdalas, sí, que en tanto que yo aliente
Me verás visitar la fosa umbría
Do en paz descansa la que esposa mia
Llamé en el mundo, cariñoso y fiel.

VI.

¡Ya me despido..... es fuerza que me aleje!
Las sombras de la noche ya descienden,
Su negro manto en el espacio extienden,
Y muriendo en ocaso está la luz.
Mas ¿dónde he de ir? dónde la incierta planta
Dirigir ¡ay! podré con paso cierto,
Si mi hogar es un páramo, un desierto
Do en lugar de mi esposa hay una cruz?

VII.

Sin embargo, me encamino
A ese hogar en que á mis hijos
Los cuidados mas prolijos
Debo amante prodigar.
A ellos está consagrada
Mi vida amarga y doliente;
Por ellos voto ferviente
Hago al cielo en mi penar.

VIII.

Allá la madre afectuosa,
Cuya pérdida lamento,
Exhaló el último aliento
A su hija dándole el sér.
¡Contraste cruel y terrible
Entre el ataud y la cuna!
¡Sarcasmo de la fortuna,
Cuánto me haces padecer!

IX.

Antítesis dolorosa,
Que el corazon ha sufrido
Cual arbolillo batido
Por furioso vendaval.
En esa cuna me queda
El pimpollo de una rosa;
Y en esta sombría fosa
Queda seco mi rosal!

X.

Si esta amargura, Dios mio,
Que yo sufra es necesario
En este mundo precario,
¡Señor, de mí ten piedad!
Que ya falta fortaleza
A mi alma triste, apenada,
Por el dolor subyugada
En hórrida adversidad.



LA LID DE MI VIDA.

Pálida lumbre, que incierta y vaga
Brilla, se apaga; y á fulgurar
Ya moribunda retorna luego,
Y escaso fuego viene á mostrar;
Tal es mi estrella, mi ingrata vida,
Que la honda herida del corazon
Siempre doliente, nunca cerrada,
Es agravada por la ocasion.
Siempre constante amarga pena
Mi alma envenena con lentitud;
Y así consume lenta agonia
De dia en dia mi juventud.
Pues sepultando la fria fosa
¡Ay! de mi esposa su sér mortal,
Quedó mi vida tan desolada
Como agostada planta estival.
Venga la muerte, y aqueste extremo,
Que es el supremo y último bien
Para el que sufre pena tan grave,
Que ella la llave es del Eden.
Ella es el ángel de Dios bendito,
Que allá en el hito del mundo está,
Para llevarnos con firme paso
En nuestro ocaso á eternidad.
Pero no vengas, que es un delirio
De mi martirio, de mi dolor:
Detente, muerte, vuelve mas tarde,
Que en mi pecho arde paterno amor.
Llegad mis hijos ¡hijos del alma!
Vuestra es la palma de aquesta lid;
Morir no quiero—vuestras caricias
Son mis delicias—pronto, venid!

Sois, tiernos niños, mis embelesos,
Y vuestros besos mas dulces son
Que el néctar puro, que en primavera
Flor de pradera brinda al gorrion. (1)
Vuestras palabras son armonias
Cual melodias del ruiseñor, (2)
Que de florestas en la frescura
Con su dulzura canta el amor.
De vuestros juegos ese alborozo
¡Con cuánto gozo siempre le ví!
¡Ay! muerte ingrata, vuelve tus plantas,
Que ya me espantas; dejame aquí!
Que goze deja, que en mis tormentos
Gratos momentos hay de solaz;
Y en tanto sean mis caros hijos
Mis regocijos, quede yo en paz.
Porque si muero ¿quién mi segundo
Será en el mundo, como soy yo
Su solo apoyo, su amante padre,
Cuando su madre ya les faltó?
Perdona ¡oh muerte! si yo egoista
Tan sólo en vista del cruel rigor
Con que el destino me ha atormentado
Yo te he clamado con tanto ardor.
Porque si vive en mi memoria
La triste historia de mi penar,
Tambien existe mi amor paterno
Grande y eterno cual mi pesar.

(1) En Centro-América
Llámanse así
El ave-mosca
Y el colibrí.

(2) Es el zenzontle
Dulce cantor,
De nuestras selvas
El ruiseñor.

A MI HIJA EN LA CUNA.

I.

¡Oh! tú, que al ver el mundo, hija querida,
Con tu aliento el aliento me apagaste
De aquel sér, que en su edad bella y florida
Al sepulcro tú misma la llevaste;
Y al destruir de tu madre cara vida
Por la tuya inocente me cambiaste.....!
Mas ¿porqué he de culparte, hija del alma,
Si mi estrella fatal es no hallar calma?

II.

¿Qué culpa tienes tú de haber nacido
En hora infausta, angélica criatura?
¡No, bien mio, no puedes tú haber sido
La causa de mi acerba desventura!
Perdona si tu padre dolorido
En su exceso de pena y de amargura,
Entregado á su bárbaro tormento,
Ha podido exhalar este lamento.

III.

Al contemplarte sola en esa cuna
Sin que te arrulle el canto de tu madre,
Del corazon las fibras, una á una
Desgárranse en el pecho de tu padre.
Adversa y cruel ha sido tu fortuna,
Sin que al destino todavia cuadre
Que te alimente un pecho mercenario
Por el amor tan solo de un salario.

IV.

Al mundo tú trajiste por herencia
Tristísima orfandad y negro luto;
Será al duelo constante y sin clemencia
A quien pagues mortífero tributo,
Porque el llanto está unido á tu existencia
Como anexo á su flor amargo fruto;
Mientras tanto, adormécete tranquila,
Que en la cuna tu padre te vigila.

V.

Duérmete, sí, que desde el cielo vela
Tambien por esa cándida pureza
Tu casta madre, cuya fiel tutela
No abandona en la tierra tu flaqueza;
Que el amor maternal se nos revela
Donde quiera que está por su firmeza,
Y nada hay que se oponga á su ternura,
Ni aun la lóbrega y fría sepultura.

VI.

Y ya lo ves!. . . .la sombra vaporosa
De tu madre se acerca aquí á tu lecho:
Ven, ¡oh sombra adorada de mi esposa,
Ven á animar mi desolado techo!
Acércate á tus hijos, ven, hermosa,
Estréchales amante contra el pecho,
E imprímeles tus besos en la frente
Mientras vamos contigo eternamente.



EVOCACION.

I.

Venid, recuerdos de la umbría fosa,
Venid, recuerdos de mi bien perdido;
De la tumba moved la triste losa
Donde descansa mi adorada esposa
En el silencio, sí! mas no en olvido.

———

Venid con vuestros fúnebres encantos
A consolar mi vida acongojada;
Llegad al són de funerales cantos,
Que cubran mi alma vuestros negros mantos,
Que es mi memoria fiel vuestra morada.

———

Yo doliente os evoco en mi tristura,
Porque al sentir vuestro contacto gozo;
Y es alivio eficaz en la tortura
Sentir horrible, intensa quemadura
En el pecho oprimido y doloroso.

II.

Evocar el dolor que martiriza,
Acariciarle amante en el regazo;
Y á la llaga que lenta cicatriza
Aplicarle del mirto la ceniza
¿Es cordura, delirio, que es acaso?

Sufrir la intensidad de nuestro duelo
Clavando al corazon agudos dardos;
Pasar la noche en el fatal desvelo,
Y excitarnos el llanto con anhelo
¿Será tan grato cual olor de nardos?

Cantar al són de lira destemplada
Cuando sus cuerdas humedece el llanto;
Exhalar esa lágrima arrancada
De lo íntimo del alma en la velada
¿Será aliviar nuestro mortal quebranto?

Sí; arrullar el dolor y el martirio
Que producen recuerdos sepulcrales;
En ellos consumirnos cual un cirio,
Y avivar nuestra llaga con delirio,
Son deleites ¡oh sí!----mas son mortales!

Cantar al són de la enlutada lira,
La húmeda cuerda insónora tañendo,
Cuando el amante corazon suspira
Y enagenado en su dolor delira,
Es atenuar nuestro sufrir horrendo.

III.

Cuando el espíritu inmortal se vuela,
Y á la esposa sin vida contemplamos,
El dolor nos aterra y desconsuela;
Y el dolor con el tiempo nos revela
Que en su tumba tan sólo alivio hallamos.

Reflejado en el alma el sentimiento,
Meditando en la historia sucedida,
Recordamos pesares y tormento,
Y tambien los placeres y el contento
De que juntos partimos en la vida.

Memorar de la esposa la agonía,
Sus palabras de boca moribunda,
El contacto de aquella mano fría,
Su mirada ya lánguida y sombría
Y á la ciencia agotada é infecunda!

———

Recordar la plegaria fervorosa
Que á la madre de Dios ella le hiciera
Al confiarle sus hijos amorosa,
Y el adios maternal, que lacrimosa
Dirijioles en su hora postrimera!

———

Ver su semblante pálido y cubierto
Por viscoso sudor de horrible muerte;
Contemplar ya su cuerpo frio y yerto
Y el hogar convertido en un desierto
Al ingrato capricho de la suerte!

. . . .

. . . .

¡Oh terribles recuerdos, triste historia
Que evoca mustia y angustiada el alma!
No os aparteis jamas de mi memoria
Mientras dure mi vida transitoria,
Porque sois del martirio hermosa palma.

———

Porque sois condicion tan necesaria
A mi sér apenado y dolorido,
Como el sol á la humilde pasionaria
Que vegeta en el yermo solitaria
En malezas su tallo sostenido.



RECUERDOS.

Dónde la vista, el oído
Recuerdos del bien perdido
A cada paso no encuentran,
Y en el alma no concentran
Sensaciones de dolor?
Ora es aromada flor
Que recuerda todo un mundo
De deleites muy fecundo;
Ora son tristes canciones,
O las gratas vibraciones
Del piano, que herida cuerda
La música nos recuerda
Favorita á nuestro bien.
Y veces, mil veces cien
Que nuestro hogar recorramos,
Cada vez en él hallamos
El recuerdo siempre triste
De la que fué y ya no existe!

¡Tal mi vida se desliza,
Entre recuerdos luctuosa,
Desde que yace mi esposa
En la mansion de la muerte!

Si á la mesa yo me siento
Mis fuerzas á reparar,
Se exacerba mi pesar
Al ver desierta la silla
Donde sentarse solía
Con sus hijos en redor.
¡Y ellos con su candor
Por su madre me preguntan!
¡Inocentes! no barruntan
Que tal interrogacion
Me destroza el corazon!

Y si á la alcoba desierta
Dirijo mi planta incierta,
Del tocador el espejo
No presta ya su reflejo
A la que en él se miraba
Cuando su peine paseaba
Por su suelta cabellera,
Y contemplaba que aun era
Muy jóven para morir!
Cuando sentia latir
Dentro el pecho el corazon
Lleno de dulce expansion,
Llena de vida y salud,
¡Quién le dijera, un ataud
Hoy te prepara la muerte
Para conducirte inerte
Del silencio á la mansion?

Allí estan de su tocado
Los ganchos, los alfileres
Y todos juntos enseres
Del femenil atavio;
Y en mi triste desvario
Me acerco, los veo y toco,
Y vuelvo la vista á poco
Y miro su jarra y vaso;
Todo regado al acaso,

Nada en órden y compuesto,
Conservando el mismo puesto
Donde fuera aquella noche
En que roto quedó el broche
Que á este suelo la ligara

A otro lado está su lecho
Donde la vida exhalara,
Y su saeta me clavara
La muerte con tal rudeza,
Que al mirarlo mi cabeza
Se desvanece y confunde,
Y trémula el alma se hunde
En un piélago de hiel.
Aun veo allí á mi Isabel
En sus últimos momentos
Padeciendo los tormentos
De su muerte prematura.
¡Qué ansias y qué amargura
Sufrió mi alma en aquel trance,
Es seguro que no alcance
Con mi pluma á describir!
Allí la oigo en su agonia
Encomendar á María
Los hijos de sus entrañas,
Que como débiles cañas
Expuestas al vendaval
Los ve su amor maternal.
Y con voz estertorosa
Encomienda su alma á Dios,
Y á todos nos dice ¡adios!........
Y del mundo al fin se aleja.
¡Adios, adios, yo le dije,
Para siempre, esposa mia!
¡Quién sabe si ella me oiria
Aquí, ó en la eternidad!

Y su silla de labor,
Y sus muebles de costura

Do en inclinada postura
Para sus hijos cosia,
Con su genial alegria,
La camisa ó camison;
Todos juntos allí son.

Y mas allá está su armario
Que cual otro relicario
Encierra prendas amadas,
Que en su fondo sepultadas
Es cada una, una memoria
De la ya perdida gloria
De mi vida conyugal.

Y en la sala su retrato,
Que del lienzo se destaca
Cual si hablarme ella quisiera
Con su semblante risueño,
Con su mirada amorosa;
Cada vez que yo la miro
Lanzo un profundo sollozo,
Y entonces trémula mano
Suelta el crespon que la enluta;
Y á levantar ese velo
Torna otra vez, y así vuelve
Intensa á reproducirse
La misma angustia mortal.

Adónde, adónde, Dios mio,
No existen tristes *mementos*
Que no le arranquen lamentos
Al amante y viudo pecho?

Si en el doméstico hogar
Ya no reina la alegria,
Si el tono de la elegía
Todo respira doquier;

¿Porqué yo no he de cantar
Al triste són de mi lira,
Si mi pecho sólo aspira
Atmósfera de dolor?

Si delicias se cambiaron
En lágrimas y pesares,
Que corran ellas á mares
Y concluya mi existir!



EL VEINTIDOS DE ABRIL

EN EL CEMENTERIO.

I.

Siete años son hoy cumplidos,
Isabel del alma mía,
Contados desde aquel dia
De nuestra union conyugal.
¿Qué me queda ya en el mundo
Sino la triste memoria
De aquella pasada gloria,
De aquel placer sin igual?

II.

¿Qué me queda sino el alma
Despedazada y marchita,
Si al corazon sólo excita
El recuerdo á padecer?
Cuando en hórrido infortunio
Se pierde la vida leda,
¿Qué es lo que al alma queda
Sino lágrimas verter?

III.

Otros años te obsequiaba
Mis ramilletes de flores,
En cuyos suaves olores
Encarnábase mi amor;
Y las rosas, los jazmines
Y los nardos perfumados
De azahar entrelazados
Ornaban tu tocador!

IV.

¡Qué delicia reflejabas
En tu risueño semblante
Al aspirar su fragante
Gratísima emanacion!
¡Qué de goces, qué deleites
Brindábanos el recuerdo
De aquel dia en que de acuerdo
Realizamos nuestra union!

V.

Y en tan gratas emociones,
Al piano con gentileza
Le arrancaba tu destreza
Su mas sentido sonar;
Y de Norma, de Traviata,
Del Trovador ó Lucía
Cantabas con armonia,
Y era dulce tu cantar!

VI.

¿Qué resta de aquellos tiempos,
Qué queda de aquellas rosas
Tan lozanas y olorosas
En este dia de Abril?
¿Qué queda de aquel contento,
De la música y del canto,
Que formaron el encanto
De nuestra edad juvenil?

VII.

De todo eso queda sólo
Aquesta lóbrega tumba
En donde el eco retumba
Del llanto de mi viudez!
Y donde está contenida
Tu inorgánica osamenta,
Que á mi alma se trasparenta
De la espesura al traves.

VIII.

No me quedan ya otras flores
Que inódoras inmortales:
Muertos estan mis rosales,
Y mis parras de jazmin,
Y los nardos y azahares......
¡Sí! todo ha quedado muerto;
Es ya un páramo mi huerto,
No hay flores en mi jardin.

IX.

De esa flor que siempre vive
Cual tú vives en mi mente;
De esa flor tan solamente
Unida al triste cipres,
Esta guirnalda he tejido
Con mi mano descarnada,
Para en tu fría morada
Obsequiarte en esta vez.

X.

Que la aceptes, yo te ruego,
Como un recuerdo amoroso
Del que llamaste tu esposo
En este mundo de hiel.
Y no pienses que el olvido
Cubrírá este aniversario;
Que siempre vendré á tu osario,
Mi carísima Isabel!

XI.

Y cada año que trascurra
Y me vaya marchitando;
Cada año me verá orlando
De coronas de inmortal,
Con negro crespon atadas,
Este sepulcro querido
Donde mi llanto ha corrido
Con abundoso raudal.

XII.

Siete años há que felice
A mi lado te vi unida,
Y ahora corre mi vida
En horrible viudedad.......!
¡Adios, mi difunta esposa!
Te dejo en tu sepultura
Y me llevo mi amargura,
Y mi triste soledad.....!

....

....

¡¡Adios mi cara mitad!!



A UNA PLANTA.

Sin aroma y sin vívidos colores,
En muelle tallo, Abril en sus albores,
Te levantas, gramínea sepulcral,
De la tierra, que fértil con mi llanto
Sávia te da para que crescas tanto
Que alcances de este túmulo el umbral.

Y tu espiga la lápida besando,
Inclinada á la tierra estas mirando,
Como hija amante, que en mortal dolor
Besa el sepulcro de su madre amada,
Y en el pesar absorta, enajenada
La frente inclina hácia el llorado amor.

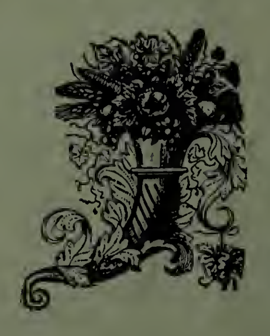
Veo tu lloro cuando el aura mueve
Sutil tu tallo en movimiento leve,
Y el rocío que acojes va á regar
Sobre el césped que alfombra tus raíces,
Do fulguran bellisimos matices
Al llegarle la aurora á colorar.

Y ornada de brillantes, esplendente
Te miro, cuando saltan del oriente
Las chispas de oro que difunde el sol;
Mas tus gotas fulgentes, matinales,
Lágrimas son que viertes sepulcrales,
Aunque tintas esten del arrebol!

Llora y mas llora, planta funeraria,
Besa mil veces losa cineraria
Junto á la cual hubiste de nacer:
Llora, y tu llanto que acompañe al mio,
Y filtren á este túmulo sombrio
Los restos de mi amor á humedecer;

Que presto llegará temible otoño,
Y de tu cepa secará el retoño
Con que el florido Abril la regaló;
Y muerta y seca quedarás un dia,
Imágen fiel de la esperanza mia,
Que el soplo del destino evaporó.

Y yo mas tarde seguiré tu huella......
¡Mas tarde!......¡ay, quién sabe si mi estrella
Tal vez mañana perderá su luz!
¡Quién sabe, si serás aun la testigo
De que esta tumba me dará su abrigo
Al venir precediéndome una cruz!



UNA NOCHE.

I.

Triste la luna en el cielo,
Velada por negra nube,
Parece que está de duelo
Y que al cenit ya no sube.

Apénas si luz envía
Su oculta faz á la tierra,
Y quédase esta sombria
Con cuanto en ella se encierra.

Reluce allá en lontananza
Fugaz, eléctrica tea,
Que entre las nubes se lanza,
Y entre las nubes serpea.

Y se oye el trueno lejano
De la bravía tormenta,
Que descarga do lozano
El balsamero se ostenta.

. . . .

. . . .

Y crece á cada minuto,
Que el tiempo va consumiendo,
El negro manto de luto
Que á la tierra está cubriendo.

Ni una estrella se divisa,
Nada en el cielo fulgura,
Y en calma duerme la brisa
Envuelta en densa negrura.

II.

Ruda voz con desenfreno
Vibra el aire nebuloso,
Y el eco muere en el seno
Del espacio tenebroso.

Es el grito destemplado
Del Sereno soñoliento,
Que canta, "tiempo nublado,
Ultima hora," á todo aliento.

Y el triste cantar del gallo
Anuncia al mundo que expira
Este dia, á quien el fallo
Del reloj lleva á la pira.

Más de canes el ladrido,
Y del grillo el estridor,
Me desgarran el oído
Con su horrísono clamor.

¡Qué ruidos desapacibles!
¡Qué cielo tan pavoroso!
¡Qué impresiones tan sensibles
Al corazon angustioso!

. . . . . . III. . . . . . .

¡Todo en redor es tristura,
Todo amarga mi desvelo;
Para mi ya no hay ventura
En este mísero suelo!

Mas valiera en tumba helada
Acompañar á mi esposa:
Allí no hay dura velada
Para el alma congojosa.

Allí la quietud no altera
Ni el insomnio, ni el bullicio;
Ni el pesar nos exaspera
Con su constante suplicio.

¡Con qué placer cambiaria
Mi adversa fatal estrella
Por la suerte de este dia
Hoy uniéndome con ella!

Hoy con el mismo sudario
Cubiertos eternamente,
Terminara mi calvario,
De mis males el torrente.

Y en el túmulo difuntos,
Los dos por la muerte unidos,
A esta hora fueramos juntos
Y para siempre reunidos.



MI DOLOR.

I

Pasaron ya los dias de violencia
En que vertia el corazon su llanto,
Y el torrente de lágrimas, en tanto,
Calmaba mi dolor y mi penar.
Entonce eran mis ojos anchas fuentes
Abiertas al desahogo de mi pecho,
Como se abre de un rio el ancho lecho
Que conduce sus aguas á la mar.

II.

Nada queda, por ahora, en apariencia,
Ya no riegan las lágrimas mis ojos,
Y esas fuentes cubiertas por abrojos
Parece que el estío las secó.
Parece que extinguidos han quedado
Mi profundo gemir y mi amargura;
Que el pesar ya no ejerce su tortura,
Y que el tiempo ya todo lo acabó

III.

¡Ay de mí! que el dolor queda latente,
Y terrible y oculta me devora
Esa lucha constante y destructora
Entre el triste recuerdo y la razon.
Que es la memoria de la esposa amada,
Que borrar no podrán jamas los años,
Ni del mundo los míseros engaños,
Que sostiene perenne esta pasion.

IV.

Y aunque secos mis ojos ya no lloren,
Y no surque mi pálido semblante
Ese llanto visible y penetrante
Que se vierte en lo agudo del dolor;
Lágrimas son al pecho concentradas
Que mantienen constante y sedentaria,
Cual lámpara en capilla funeraria,
La triste llama del perdido amor.



EN EL CEMENTERIO.

I.

Si alguno detuviere aquí su planta
De cerca á ver la nada de la tumba,
Si el soplo de la muerte no le espanta
Porque el mortal á su sucumba;
Contemple esta mansion lúgubre y santa
Donde la vida humana se derrumba,
Y verá que la huesa con su hïelo
Es del mortal el máximo consuelo:

II.

Que la muerte cerrando nuestros ojos
La materia á su foco restituye:
Que la tierra al cubrir nuestros despojos
Nuestra guarda final se constituye;
Y al sepulcro corridos los cerrojos
El tranquilo silencio nos circuye,
Como á nave perdida en mar helada
El quietismo del agua congelada.

III

De esa lóbrega sima del futuro,
Aquí tan sólo á descorrerse empieza
El denso velo impenetrable, oscuro
Con que la mente humana se tropieza,
Cuando escalar intenta el alto muro
Que sabia levantó Naturaleza,
De compacto y nigérrimo granito,
Entre la eternidad y lo finito.

IV.

De la vida el afan al fin termina,
Y buscando su centro, aquí á la fosa
La humanidad entera se encamina,
Cual la niebla en el aire vaporosa
Se dirije en corriente á la colina,
Y corona su cumbre silenciosa,
Para infiltrarse en la fecunda tierra
Qué tanto arcano en su interior encierra!

V.

Mas, el espíritu inmortal no queda
Con la materia en lóbrego ostracismo;
Porque es destello divinal, no greda,
Aunque en contrario esté el materialismo.
¿Es quizá la virtud falsa moneda?
¿Es la esperanza absurdo sensualismo?
¿Es mentida utopía, vano ensueño
Un porvenir hermoso y halagüeño?

VI.

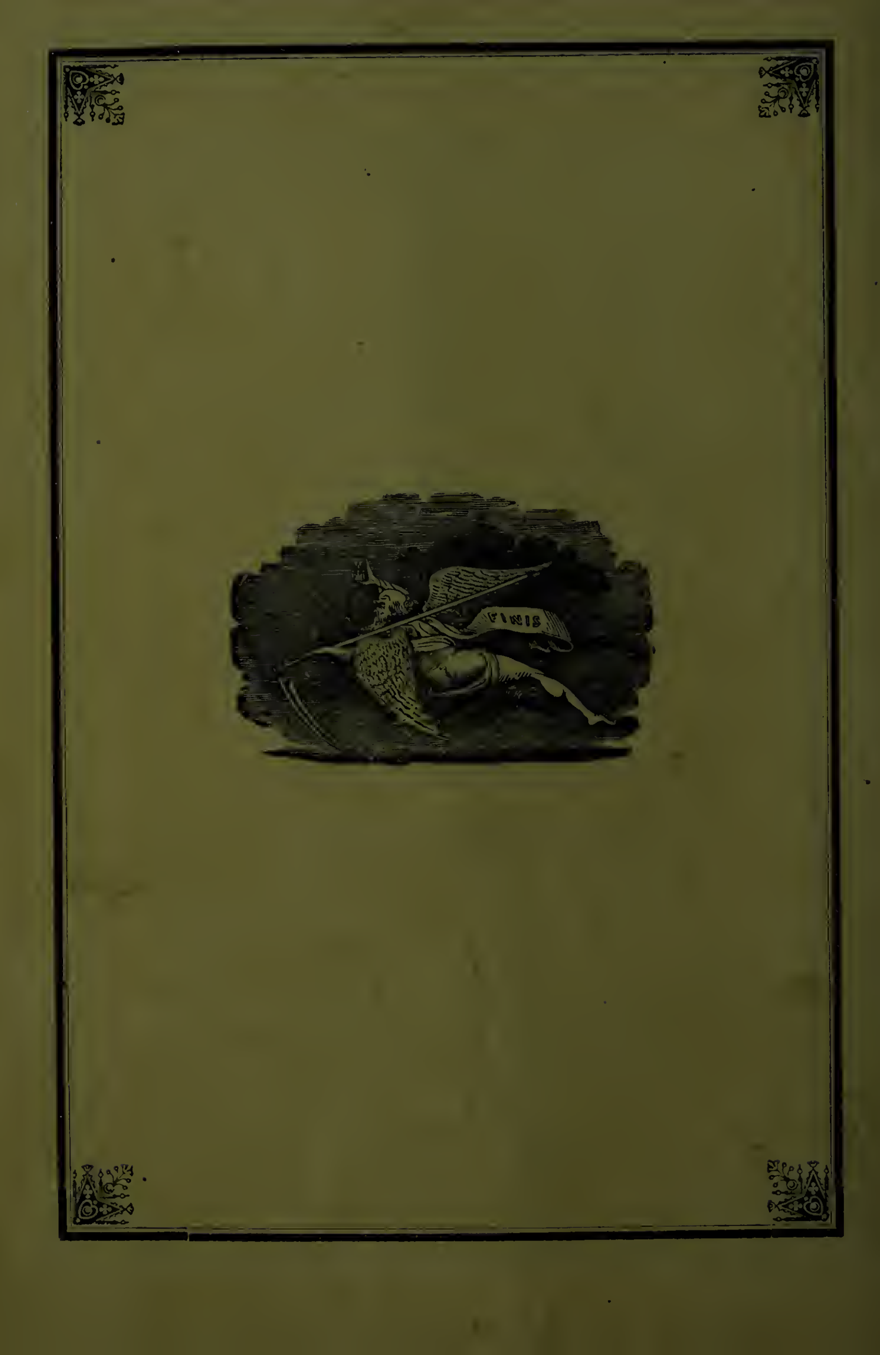
¡Oh, mi Isabel! ¡oh dulce esposa cara!
¿De qué me serviria tu memoria,
Si despues de tu muerte yo no amara
Mas que tus restos, y la triste historia
Que de tu amor perdido me quedara?
Sino te viera con mi fe en la gloria
De esposa y madre el galardon gozando,
No estaria tus manes evocando.



EPITAFIO.

Aquí donde esta lápida mortuoria
El amor conyugal ha colocado,
Como ofrenda postrera á la memoria
Del bien perdido, pero no olvidado;
Aquí yace el cadáver de mi esposa,
Y en lo eterno su espíritu reposa.
Del sepulcro el silencio la circunda,
Nada altera la paz de su morada;
Mientras mi vida incierta y gemebunda
Corre entre abrojos, triste y quebrantada,
Como el arroyo, que en fragoso lecho
Entre rocas se estrella á cada trecho.
¡Descansa en paz! ¡oh, madre de mis hijos!
¡Que leve para ti la tierra sea!
Y allá donde tus lares estan fijos,
Y do felice tu alma se recrea,
Pide al Dios santo que tu amada prole
En su alma la virtud siempre acrisole.




FINIS

